

# Cómo debe ser el lenguaje de nuestras homilías

LIC. GABRIEL BAUTISTA NIETO

Recibido: 23 julio 2021

Aceptado: 15 septiembre 2021

**RESUMEN:** Una de las formas de evangelización que tiene la Iglesia es a través de la predicación clerical. Cada vez que el presbítero sube al púlpito pretende convertir a los fieles, facilitando el diálogo de Dios con su pueblo. Para ello construye su homilía de una determinada forma y manera. Y la elección que haga del lenguaje, de los medios con los que construya la homilía no es indiferente. El presente artículo recalca sobre la importancia y las posibilidades que este instrumento comunicativo tiene para hacer llegar el mensaje de manera eficaz a quien va dirigido. Para que una homilía sea eficaz no hace falta solo que esté bien construida y atienda a su fin principal, sino que es necesario que se exprese en un lenguaje asequible y cercano a quienes le van a escuchar. Sin este requisito indispensable, todos los esfuerzos quedarán en balde. Por ello aquí nos queremos adentrar en las posibilidades del lenguaje oral, del no verbal y de la utilización de las imágenes en la predicación. Existen gran cantidad de recursos retóricos que el presbítero tiene a su disposición y que es preciso que sepa y quiera usar en el momento adecuado.

**PALABRAS CLAVE:** homilía, comunicación, lenguaje, imágenes, lenguaje no verbal, vocabulario.

**ABSTRACT:** One of the forms of evangelisation in the Church is through clerical preaching. Every time the priest takes the pulpit he aims to convert the faithful. To this end, he constructs his homily in a certain form and manner. And the choice he makes of language, of the means with which he constructs his homily, is not indifferent. This article focuses on the importance and the possibilities that this communicative instrument has for getting the message across effectively to those to whom it is addressed. For a homily to be effective, it must not only be well constructed and serve its main purpose, but it must also be expressed in a language that is accessible and close to those who will listen to it. Without this indispensable requirement, all efforts will be in vain. For this reason, we would like to explore the possibilities of oral language, non-verbal language and the use of images in preaching. There are many rhetorical resources that the priest has at his disposal and which he must know and be willing to use at the right moment.

**KEY WORDS:** homily, communication, language, images, non-verbal language, vocabulary.

La finalidad con la que se predica una homilía es transmitir un mensaje y hacerse entender por quien la escucha. Sin tener esto en cuenta, la homilía será un acto fallido que no conseguirá su fin. No es inútil el tiempo que se dedica a preparar el lenguaje que se va a emplear en la homilía. Una homilía que no muestre un buen dominio del lenguaje, que tenga faltas de pronunciación, incorrecciones gramaticales o errores y titubeos hace que pierda credibilidad y sea una comunicación poco eficiente.

Con este artículo queremos prestar atención a cómo se transmite el mensaje para que llegue a su destinatario y cómo hay que manejar la herramienta del lenguaje. Ya que quien habla debe conocer el lenguaje y saber manejar este instrumento por el que se comunica el mensaje. Para ello es necesario que el lenguaje homilético eche mano de los recursos literarios. Se trata de saber hablar y dar a conocer las buenas noticias que tenemos pero de una manera fácil de comprender, ya que “tan importante como lo que se dice es cómo se dice”<sup>1</sup>. Este es el mismo consejo que daba Aristóteles en su *Retórica*: “No basta saber lo que hay que decir sino que

---

<sup>1</sup> F. MARTÍNEZ DÍEZ, “Los lenguajes de la fe y la homilía” en XIX Semana de Teología Pastoral, *Lenguajes y fe*, Estella 2008, 139.

es necesario también dominar cómo hay que decirlo, lo que contribuye mucho a que el discurso parezca de cierta entidad”<sup>2</sup>. El lenguaje que se utiliza en la homilía entra en el amplio campo de los lenguajes de la fe en la Iglesia. Y en el uso de este lenguaje se descubren muchas veces más carencias que aciertos.

Hay quien considera que el lenguaje que usamos en la celebración de la liturgia “para una mayoría del pueblo resulta inelocuente, abstracto, incomprensible, lejano a la realidad”<sup>3</sup>, y puede llegar a resultar lejano por lo que necesita de una revisión y actualización. Debe utilizarse un lenguaje que todos fácilmente entiendan, y que no aleje al oyente<sup>4</sup>. Se necesita prestar atención al lenguaje de la homilía para que ayude a hacer comprensible la Palabra proclamada y no oculte lo que dice.

Para poder cumplir con la finalidad de una homilía y hacer eficaz su objetivo, hay que usar el lenguaje de manera que sea eficaz y comprensible para quien escucha. Si no se usa un lenguaje adecuado, el acto de comunicación que se pretende en la predicación no se lleva a cabo. Aquí se hace necesario tener en cuenta la advertencia de san Pablo a los que hablan en nombre de Dios: “Lo mismo vosotros, si no emitís con vuestra lengua palabras con sentido, ¿cómo se sabrá lo que habláis? Es como si hablarais al aire” (1 Cor 14, 9). Más que los grandes discursos él nos confiesa que “en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con sentido para instruir a los demás, que diez mil palabras en lenguas” (1 Cor 14, 19). No hay que buscar tanto los grandes discursos como el hablar lo más sencillo y comprensible que se pueda<sup>5</sup>. En esto es válido el consejo de dice que: “Predíquese como se habla... La gente está atentísima cuando se le habla con naturalidad”<sup>6</sup>.

---

<sup>2</sup> ARISTÓTELES, *Retórica*, 1403 b, 15, citado por J. RAMOS DOMINGO, *Cómo transmitir hoy la Palabra. Indicaciones para la homilía*, Madrid 1998, 81.

<sup>3</sup> D. BOROBIO GARCÍA, *Pastoral de los sacramentos*, Salamanca 1996, 181.

<sup>4</sup> P. Guerrero ve la necesidad de usar el lenguaje de la gente normal, ya que los curas son gente normal y así hacer una homilía que se entienda y que llegue a la gente, cf. P. GUERRERO RODRÍGUEZ, “Homilías para alejados. Un Dios que se sienta a la mesa con los no creyentes”, *Sal Terrae* 104 (2016) 347.

<sup>5</sup> Cf. F. J. CALVO GUINDA, *Homilética*, Madrid 2003, 115-116. Una serie de pautas y sugerencias para hablar un lenguaje adecuado y comunicar correctamente en la iglesia se encuentra en H. OTERO, “Pequeño manual de estilo para gente de Iglesia”, *Misión abierta* 6 (1991) 123-129.

<sup>6</sup> CARDENAL DALLA COSTA, *A mis sacerdotes. Carta pastoral*, Milán, 207, citado por J. COMES DOMÉNECH, *La homilía, ese reto semanal*, Valencia 1992, 102.

## 1. La homilía como acto de comunicación

La homilía es un acto de comunicación personal entre una persona que quiere transmitir un mensaje y alguien que lo recibe<sup>7</sup>. Como acto de comunicación interpersonal quiere establecer un diálogo entre Dios y el creyente y la comunidad. Quiere lanzar un mensaje que llegue a la intimidad del otro y le interpele en sus convicciones profundas. Como tal proceso de comunicación tiene todos los elementos que intervienen en un acto comunicativo, y está sujeto a sus leyes. Un predicador responsable debe tener conocimiento de cómo influyen estas leyes de la comunicación en el ejercicio de su ministerio. De esta manera pondrá cuanto esté de su parte para que la comunicación sea efectiva y evitará que fracase<sup>8</sup>. En este primer apartado nos detendremos en nociones básicas de tipo general aplicadas a la predicación. Así vemos que los elementos que componen un acto de comunicación son: emisor, receptor, mensaje, código, canal y contexto.

— El emisor es la persona del homileta que quiere transmitir un mensaje. Y esto lo ha de hacer de manera clara, para que el receptor lo interprete de la manera correcta, ya que lo válido en una comunicación no es lo que dice el emisor, sino lo que entiende el receptor. Las cualidades que posea y su preparación tienen una relación directa en la eficacia de la comunicación. Esta comunicación falla a veces cuando el emisor tiene dificultades para comunicar lo que pretende, o porque tenga una mentalidad alejada de los oyentes o porque le falte empatía para acercarse a ellos. Antes de este acercamiento, tiene un diálogo con el texto. Fruto de este diálogo es que su vida, su mundo emocional o su misma personalidad repercuten en la proclamación que haga del mensaje del texto. Y todas estas aportaciones personales pueden suponer alguna traba en la transmisión de este mensaje. Porque está claro que su vida y distintos aspectos de ella quedan involucrados en la Palabra que se anuncia y en cómo lo hace<sup>9</sup>. Un predicador angustiado predicará con esa misma actitud, aun sin quererlo;

---

<sup>7</sup> “La homilía es *decir* (litúrgicamente) *algo* (hecho de salvación) *a alguien* (asamblea de personas)”, C. FLORISTÁN, *Teología práctica. Teoría y praxis de la acción pastoral*, Salamanca 1991, 546.

<sup>8</sup> Cf. M. RAMOS, “El ministerio de la predicación”, *Phase* 91 (1976) 51-52.

<sup>9</sup> Cf. J. L. GUERRA, “Homilía y comunicación”, *Pastoral Litúrgica* 227 (1995) 35.

y uno esperanzado, igualmente. Para que una comunicación sea eficaz ha de ser una comunicación empática con los que van a escuchar, creer lo que se dice y transmitir entusiasmo al hacerlo.

— La persona del receptor en la homilía son los fieles que están escuchando y que reciben e interpretan el mensaje. La comunicación depende también del receptor. La percepción de un mensaje es siempre subjetiva. Cada uno de los oyentes lo interpretará según sus capacidades, sus intereses y motivaciones, su estado de ánimo y hasta su relación con quien habla, porque la idea preconcebida sobre alguien condiciona la comunicación. Lo que se comprende puede que no sea lo mismo que el emisor ha comunicado. En este caso la predicación puede fallar porque el receptor desconozca el lenguaje bíblico, o porque mantenga actitudes de indiferencia o pasividad, o porque tenga una predisposición o distanciamiento con quien habla. Esa desconfianza actúa como filtro de la comunicación.

Para que se dé una comunicación completa se requiere la respuesta del receptor, la cual le permite al emisor saber si el mensaje ha sido bien recibido. El mensaje emitido provoca una respuesta o reacción en quien lo recibe, que se convierte así en emisor. Este es un paso importantísimo, porque si el comunicador no alcanza a transmitir al receptor bien el mensaje que quiere es como si hablara para uno mismo o estuviera aislado del público, y la predicación caerá en el vacío. Por eso sería interesante que el predicador pudiera preguntar directamente a los fieles cómo les ha llegado el mensaje que ha querido transmitir<sup>10</sup>.

— Un tercer elemento de la comunicación lo constituye el mensaje que se quiere comunicar, que en este caso es el contenido de la homilía. Lo que se transmite en la homilía se ha de hacer en un lenguaje compartido por el emisor y el receptor. Aquí las dificultades pueden venir porque el mensaje del Evangelio resulte extraño o alejado de la mentalidad del hombre de hoy o de sus intereses, o porque resulte muy exigente<sup>11</sup>. El mensaje lo constituyen tanto las palabras que se pronuncian como los movimientos de las manos o del cuerpo en cuanto comunicación visual. No hay que perder de vista que el mensaje es el resultado que une estos dos elementos de la comunicación.

---

<sup>10</sup> Cf. J. L. GUERRA, "Homilía y comunicación", *Pastoral Litúrgica* 227 (1995) 38-39.

<sup>11</sup> Cf. J. ALDAZÁBAL, *El ministerio de la homilía*, Barcelona 2006, 160-161.

— Otro elemento fundamental de la comunicación es el código que se utiliza. Este es el conjunto de signos y reglas empleado para construir el mensaje, en concreto, el lenguaje que se utiliza. Debe ser conocido por el emisor que lo codifica y por el receptor para la descodificación e interpretación del mensaje. Estos signos que se utilizan pueden ser verbales (hablados o escritos) y no verbales, lo que da pie a la comunicación verbal y no verbal. Para que la comunicación tenga éxito es necesario que el hablante y el oyente compartan un código común. No solo se ha de compartir el mismo idioma, sino que el vocabulario, los campos semánticos, tienen que ser conocidos por ambas partes.

Cuando se habla en un lenguaje bíblico, teológico o eclesiástico que no es común para la gran mayoría de los fieles se está procurando una dificultad para que el sentido de lo dicho sea captado. Lo preferible es que el predicador se acomode a los códigos que utiliza el oyente que son los códigos de la cultura ambiental y del mundo en que vive. También el oyente tendrá que hacer el esfuerzo de familiarizarse con el lenguaje religioso con que se suele transmitir el Evangelio.

— El canal es la vía, el medio físico por el que se transmiten los signos que llevan el mensaje que el receptor descifra por los sentidos. En la homilía es un canal acústico, que utiliza el aire por el que se transmite la voz. Este apartado nos lleva a tener en consideración lo relativo al empleo de la voz del predicador con sus tonos, volumen, modulación..., al uso de la megafonía y el micrófono.

— El contexto hace referencia a las circunstancias espaciales, temporales y socioculturales que rodean al acto de comunicación y que permiten comprender el mensaje correctamente. Aquí la situación es la celebración litúrgica en la que se reúne la comunidad cristiana y el predicador tiene la homilía. El espacio en el que tiene lugar es la iglesia, y el marco temporal será la celebración que se tiene, que varía en cada momento y que condicionará también el mensaje. En el ambiente en que se desarrolla el discurso homilético se incluye la iluminación de la iglesia, la visibilidad del lugar desde el que se predica, la acústica del templo... En este contexto hay que tener en cuenta que pueden existir ruidos o perturbaciones que pueden alterar la emisión o recepción del mensaje en la predicación. Para disminuir los efectos de estos ruidos y hacer más efectiva la transmisión del mensaje se puede recurrir a algunos recursos como las variaciones en el tono y la intensidad de la voz, la gesticulación, la repetición de los mensajes, el recurso a las imágenes...

## 2. Hablar con imágenes

La homilía se concibe como un discurso, una disertación oral que se pronuncia en las celebraciones de la Iglesia. Pero hemos de comprender que el Evangelio no se transmite solo por la palabra hablada, sino que también se puede comunicar por medio de imágenes. Hoy vivimos en una revolución del lenguaje, producto del gran uso de las nuevas tecnologías de la comunicación, en la que casi sobran las palabras. En esta situación, la evolución del lenguaje hace que el lenguaje religioso parezca muchas veces de otro tiempo, un lenguaje vacío, que está en crisis<sup>12</sup>.

Hemos dado ya el paso de la cultura de la palabra oral y de la escucha, a la cultura de la imagen y la contemplación visual. Es la llamada cultura iconosférica, en la que se da el predominio de la imagen sobre la palabra. Esta revolución hace que hoy sea mucho más difícil la lectura o la escucha de discursos. Los hombres de hoy preferimos ver imágenes, especialmente imágenes en movimiento, a la lectura o a escuchar discursos. Somos más visuales que auditivos. Y esta cultura de la imagen que hoy impera está más cercana al sentimiento y a la emoción que al razonamiento. Por ello, se hace necesario y legítimo el incluir imágenes en el lenguaje de la homilía. Este lenguaje de la imagen está más cercano a la mentalidad moderna. La ventaja que tienen las imágenes es que se retienen más fácilmente, sintetizan de manera acertada el mensaje y llegan al corazón. Son de gran ayuda para que se acepte lo que se quiere transmitir.

Esta opción por la utilización de imágenes dentro de la homilía supone que se necesitan los medios técnicos (pantalla, ordenador, proyector) y el saberlos utilizar adecuadamente. Cuando se utilizan estas tecnologías se ha de realizar un trabajo previo de preparación de lo que se quiere transmitir de tal manera que sea algo que ayude a comunicar el mensaje y que no sirva de distracción o interrupción de la celebración eucarística. El uso de imágenes ayuda a recordar mejor el mensaje de la homilía. En este tipo de homilía en la que se usan las imágenes para transmitir el Evangelio es necesario que las imágenes sean expresivas, bellas, que no distraigan y que vayan acompañadas de las palabras, que son las que dan pleno

---

<sup>12</sup> Cf. J. J. SÁNCHEZ, “El lenguaje que nos hace humanos y hermanos” en XIX SEMANA DE PASTORAL, *Lenguajes y fe*, Estella 2018, 18-19.

sentido y significado a lo presentado en las imágenes<sup>13</sup>. Se puede acabar la homilía proyectando una imagen o símbolo que represente lo que se ha dicho, o una imagen con una breve frase sencilla, escrita con letras bien visibles, que sintetice y refuerce el mensaje central de la homilía, haciéndolo más comunicativo.

Pero el recurso a hablar con imágenes no se refiere solo al empleo de las imágenes audiovisuales. También comprende las imágenes verbales, las comparaciones o símiles que ilustran una idea de manera más gráfica. Esto es recurrir al empleo del lenguaje que tan frecuentemente hacía Jesús y que tan buenos resultados tenía, como cuando hablaba de la perla preciosa o el tesoro escondido. En el lenguaje bíblico y litúrgico el uso de imágenes simbólicas es frecuente, y debería serlo también en la predicación. Desde el principio se ha utilizado el simbolismo de las imágenes para transmitir los contenidos de la fe, bien sea con imágenes verbales como metáforas, parábolas, comparaciones, símbolos o imágenes visuales como un cuadro, una escultura, un fresco, una vidriera<sup>14</sup>... El empleo de este tipo de imágenes crea unos puentes de comunicación entre el predicador y sus oyentes que facilitan el diálogo profundo que se debe dar en la homilía.

Conviene advertir que, aunque recomendemos el uso de las metáforas y los símbolos, hay que utilizarlos distanciadamente, sin acumular uno detrás de otro. Es necesario introducir una imagen, un símbolo, con su rico significado, resonancias y evocaciones y dejar que eso cale en los oyentes, sin pasar rápidamente a otro, pues, si se utilizan muy seguidos, el primero perderá fuerza expresiva. La medida y la distancia entre ambos hará que sean más provechosos y evocadores<sup>15</sup>. Tarea interesante a la hora de construir la homilía es buscar estas imágenes, bien del mundo técnico o de la actualidad, o bien del ámbito de la naturaleza, que puedan decir lo mismo que muchas palabras, pero de una manera sucinta gracias a su fuerza expresiva.

---

<sup>13</sup> Cf. F. MARTÍNEZ Díez, “Los lenguajes de la fe”, 141-144.

<sup>14</sup> Cf. N. STEEVES – G. PICCOLO, *Y yo te digo, ¡Imagina! El difícil arte de la predicación*, Estella 2019, 90.

<sup>15</sup> Cf. L. MALDONADO, *La homilía. Predicación. Liturgia. Comunidad*, Madrid 1993, 155.



### 3. El lenguaje oral

En la homilía se comunica principalmente por la palabra hablada, mediante el lenguaje oral. Esto supone que hay que tener en cuenta los principios y las reglas de la comunicación del lenguaje oral para que este sea eficaz. A continuación, nos detenemos en las características que ha de tener este lenguaje para que sea significativo y comunicativo.

Ha de ser un lenguaje sencillo, inteligible, bien expresado, coherente y con contenido, al alcance de los oyentes, de tal manera que estos al escucharlo lo entiendan sin tener que hacer un esfuerzo especial<sup>16</sup>. Si los oyentes no lo entienden, el acto comunicativo falla y no se da la transmisión del mensaje evangélico. “Puede ser un lenguaje sencillo, pero igualmente teológico. Aunque los fieles no sepan muchas veces expresarse teológicamente, sí saben ‘oír teológicamente’, y se dan cuenta de que lo que el profeta decía con aquel ropaje cultural ahora sigue teniendo actualidad, aunque empleemos otro lenguaje”<sup>17</sup>. No se les puede tratar como a niños y hablarles infantilmente.

El lenguaje que se ha de usar en la homilía ha de estar en conformidad con los oyentes que lo van a escuchar. Es lo que expresaba san Agustín cuando decía: “Hablo así porque prefiero que me reprenda el gramático a que no entienda el pueblo”<sup>18</sup>. Aunque se proclame un mismo texto y hable un mismo predicador, no podrá usar el mismo vocabulario, ni las mismas imágenes, ni el mismo lenguaje, para un auditorio que para otro formado por personas diferentes<sup>19</sup>.

---

<sup>16</sup> “El lenguaje de la homilía ha de ser inteligible, sencillo, vivo y concreto, que se aleje por igual de los tecnicismos y de las palabras rebuscadas como de la trivialidad y de la anécdota”. (*Partir el pan de la Palabra*, 29). Usar un lenguaje sencillo no niega profundidad al contenido, lo que se le pide es que sepa traducir las ideas y conceptos más difíciles para que se entiendan más fácilmente, cf. J. RAMOS DOMINGO, *Cómo transmitir hoy la Palabra. Indicaciones para la homilía*, Madrid 1998, 79. Para que la eficacia comunicativa de una homilía no se vea comprometida se han de cumplir tres mínimos de comunicación básicos: “1. que se oiga bien lo que se dice; 2. que se entienda bien; 3. que interese vitalmente como ‘buena noticia’ para la vida”, T. CABESTRERO, *¿Se entienden nuestras homilías? Necesidad de un lenguaje más comunicativo*, Barcelona 2003, 57.

<sup>17</sup> J. ALDAZÁBAL, *El ministerio de la homilía*, 71-72.

<sup>18</sup> SAN AGUSTÍN, Exposición de los salmos 138,20, en *Obras completas. XXII: Exposición de los salmos (4º)*, Madrid 1967, 597.

<sup>19</sup> Cf. F. MARTÍNEZ Díez, “Los lenguajes de la fe”, 144-145.

En este sentido hay que evitar dos peligros. El primero es usar un lenguaje que no es común entre los fieles, sino que es un lenguaje muy profesional y especializado que es habitual de los sacerdotes y los teólogos. El vocabulario habitual de la teología no es útil de manera general para la predicación pues muchas veces son términos que quedan lejos de la comprensión del pueblo fiel, que no usa esas palabras o expresiones en sus conversaciones cotidianas. Pero aquí chocamos con el problema del lenguaje religioso para el hombre postmoderno. Hoy se dan unos cambios culturales tan grandes que hacen que las palabras centrales de la fe no signifiquen nada para el hombre de hoy, que no siente necesidad de Dios, ni de ser salvado o de ganarse la vida eterna<sup>20</sup>. Podemos considerar que el lenguaje religioso — dentro del cual está el lenguaje de la homilía — en la actualidad está en crisis, pues no ha sabido adaptarse a la mentalidad de los hombres y las mujeres del mundo de hoy. La homilía, para ser significativa, tiene que saber interpretar el Evangelio en la vida actual con nuevas formulaciones y expresiones. La cultura ha cambiado, la sociedad ha cambiado, la religiosidad se vive de manera diferente; y todo esto cuestiona la manera de hacerse entender de la homilética<sup>21</sup>.

El lenguaje que se utiliza debe estar relacionado con los oyentes a quienes se dirige. El lenguaje con el que se construya la homilía debe ser sencillo, concreto, claro y directo, usando adecuadamente las palabras y la manera de construir las frases. Esto ayudará a que los oyentes se enteren de manera sencilla de lo que el predicador quiere decirles y en el sentido con que se lo dice. Algunos términos, de tanto repetirlos, se convierten en expresiones muy manidas que se van vaciando de contenido y significación, perdiendo fuerza comunicativa, por lo que requieren muchas explicaciones para hacerlas comprensibles. Quizá por ello es mejor no recurrir a ellos en la homilía<sup>22</sup>.

---

<sup>20</sup> Cf. N. STEEVES – G. PICCOLO, *Y yo te digo*, 63.

<sup>21</sup> Todo esto es lo que “se denomina el problema hermenéutico que vive la homilía” que supone hacer frente al “ejercicio de interpretación que impone la nueva cultura”, J. M. SICILIANI BARRAZA, “La homilía, un arte que debe ser cultivado”, *Pliego de Vida Nueva* 2950 (2015) 29-30.

<sup>22</sup> Así tenemos algunas palabras muy repetidas en las homilías pero que para muchas personas son de escasa significación, como son: salvación, condenación, justificación, redención, expiación, pecado, gracia, pascua, escatología, unión hipostática... Son conceptos teológicos importantes, muy repetidos pero cuyo contenido requiere de muchas explica-

Conviene prestar atención al vocabulario que se utiliza en la predicación, a los términos con que se construyen los conceptos y las ideas. Cada ciencia tiene una terminología y un lenguaje que le es propio. Así sucede también con la teología que tiene su propio lenguaje y un vocabulario específico. El predicador no puede pensar que todos los que le escuchan están familiarizados y son conocedores de la 'jerga teológica', como le sucede a él. La homilía ha de evitar el lenguaje teológico que conoce y domina el predicador por sus estudios pero que le es ajeno y distante a la mayoría de los fieles cristianos que escuchan las predicaciones. El que predica debe hacerse frecuentemente la pregunta de si él entiende lo que dice en la homilía, y preguntar si lo entienden quienes le escuchan. Si no lo hace directamente al menos observando las reacciones de los fieles puede intuir su aprobación o desaprobación.

Hay que evitar el peligro de usar un lenguaje rutinario y convencional que ha dejado de ser significativo para muchos de los oyentes de homilías. Hay ciertos conceptos o expresiones bíblicas o teológicas que necesitan de una traducción o explicación, porque, aunque son muy corrientes para el predicador, a los fieles hoy en día les resultan extrañas y no les son fácilmente comprensibles. Este hecho puede ser reconocible por parte del predicador en las reacciones de los oyentes cuando son empleados en una homilía. Ahora bien, cuando alguna palabra necesita muchas explicaciones en la homilía, mejor es no usarla<sup>23</sup>.

Es este un lenguaje que parece que se ha quedado congelado, en el que se repiten frecuentemente términos y expresiones, un lenguaje estereotipado que tiene poco valor para transmitir de verdad la buena noticia del Evangelio. Es lo que algunos autores han llamado "verborrea religiosa"<sup>24</sup> que con repetición de frases y de otros conceptos aprendidos de

---

ciones, que no es oportuno dar dentro de la homilía, cf. F. MARTÍNEZ DÍEZ, "Los lenguajes de la fe", 148.

<sup>23</sup> Cf. J. ALDAZÁBAL, *El ministerio de la homilía*, 166. Se ha de preferir el uso de otros términos que sean sinónimos, o vocablos que requieran una breve explicación. Estos luego pueden ser reafirmados con varias repeticiones aclaratorias, cf. C. FLORISTÁN, *Teología práctica*, 559.

<sup>24</sup> Algunas de estas expresiones serían: "el cordero de Dios", "vamos a celebrar el misterio pascual", "estamos salvados", "la gracia santificante", "las virtudes teologales", "comunión de los santos", "Hijo del hombre", cf. F. MARTÍNEZ DÍEZ, "Los lenguajes de la fe", 149-150. "Si el lenguaje de la homilía cae en la 'verborrea religiosa', no comunicará la

memoria está ocultando la novedad de Jesús. Se trata de expresiones reiteradas y frases hechas que de tanto usarlas y repetirlas son muy conocidas y se vuelven cotidianas, pero están vacías de significación, son vaguedades que no transmiten nada. Se dicen y se repiten, suenan bien pero no se sabe con precisión a qué se están refiriendo. Sería mejor usar una traducción equivalente que aclare con otros términos lo mismo que se quiere expresar. De ahí que convenga aplicarse la siguiente recomendación: “Cuanto menos tópicos y frases vacías, mejor”<sup>25</sup>.

Una parte de la actividad homilética es la de traducir el mensaje de la buena nueva en un lenguaje nuevo, con un vocabulario comprensible a todos<sup>26</sup>. Para esto sería mejor buscar imágenes y metáforas que acerquen los contenidos de la fe a la comprensión de los hombres de hoy, pero sin perder el sentido que tienen en el Evangelio. Además, hay que tener en cuenta que en la asamblea normalmente habrá muchos niveles de comprensión y de vivencia de la fe cristiana.

La homilía es expresión de algo que tiene que ver con la vida de las personas, debe ser algo que ha interpelado al que habla y que quiere interpelar a quien escucha. Por eso requiere de un lenguaje existencial y vivencial, que sea reflejo de las experiencias y vivencias de las personas. Debe transmitir más experiencias que ideas. Quiere ser una instrucción para las personas sobre la fe y la vida cristiana, pero no es una pequeña clase de teología, por lo que ha de huir de usar un lenguaje académico,

---

Palabra viva del Dios de Jesús... y tiene el poder de esterilizar cualquier homilía”, T. CABESTRERO, *¿Se entienden nuestras homilías?*, 38. En cambio, otros valores se captan más fácilmente como: el amor a la vida, la paz, la solidaridad, el servicio a los demás, cf. J. ALDAZÁBAL, “La importancia del lenguaje”, en J. ALDAZÁBAL — J. ROCA (eds.), *El arte de la homilía*, Barcelona 1998, 67.

<sup>25</sup> C. FLORISTÁN, *Teología práctica*, 556. Algunas expresiones de tanto repetirlas ya han perdido fuerza comunicativa, oscurecen el lenguaje y lo hacen más alejado de los oyentes. Así tenemos: Dios nuestro Señor, la santa Madre Iglesia, la sagrada liturgia, la gracia santificante, cf. J. ALDAZÁBAL, “La importancia del lenguaje”, en J. Aldazábal — J. Roca (eds.), *El arte de la homilía*, 68.

<sup>26</sup> Se aprende a adquirir un vocabulario adecuado siendo consciente de cómo se habla, pensando las palabras que mejor expresan lo que se quiere decir y leyendo mucho buenas obras literarias, cf. K. SPANG, *El arte del buen decir, Predicación y retórica*, Barcelona 2002, 98. El autor en este libro centrándose en la utilidad de la retórica para la predicación, recoge indicaciones y pistas para construir el discurso homilético con una orientación muy útil y práctica para el responsable de la homilía.

que incluso cite a autores y libros, como si fuera una charla o una conferencia. Con esos lenguajes no se incentiva un cambio de vida. No es lo mismo una predicación que una explicación de teología. En la predicación se da la transmisión de una experiencia de fe<sup>27</sup>.

Se ha de optar para la homilía por un lenguaje vivo, que guarde frescura, que provoque la reflexión, que suscite interés y ayude a hacerse preguntas, que cause extrañeza o que sea chocante. Que, aunque se hable de pasajes ya conocidos, aparezcan como nuevos, que resulten interesantes para el oyente, que les interpele y no les deje tranquilos. Es lo que solía hacer Jesús, que descolocaba a muchos. Muchas de sus narraciones usan la forma interrogativa con la que se invita a los oyentes a tomar posición y formar su propia opinión<sup>28</sup>.

Aunque no siempre la homilía puede o debe usar este tipo de lenguaje provocador, sí que encontrará ocasiones para buscar un contraste, una antítesis, algún elemento chocante que inquiete a los interlocutores y no les deje fríos e indiferentes. Esto se consigue con las comparaciones, las antítesis, las dudas o preguntas que se pueden introducir en el discurso. El predicador debe intuir los interrogantes que cuestionan a los fieles o las preguntas que pueden suscitarles las lecturas y adelantarse a ellos y darles respuesta en la homilía<sup>29</sup>.

El lenguaje de la homilía tiene la finalidad de poner en relación la Palabra de Dios con la existencia humana, con la vida de la comunidad y de los creyentes. Esta tarea de actualización de la Palabra se ha de hacer con palabras cercanas a las personas y a sus aspiraciones. La homilía ha de ser siempre nueva y puede hacerse con un lenguaje nuevo, que sea mundano si con él se transmite la experiencia y las vivencias que la Palabra viene a traer.

Para conseguir un lenguaje vivencial y existencial, un recurso muy oportuno es ayudarse del lenguaje bíblico con sus parábolas, imágenes, comparaciones y analogías. Así lo era el lenguaje de los profetas, de Pablo o de Cristo. Jesús era un buen contador de parábolas y se sirve, para la transmisión de su enseñanza, del lenguaje narrativo. Sus parábolas son un

---

<sup>27</sup> Cf. F. MARTÍNEZ Díez, “Los lenguajes de la fe”, 152.

<sup>28</sup> Cf. J. DUPONT, “El método parabólico de Jesús, hoy”, *Questions de vida cristiana* 104 (1987) 12-13.

<sup>29</sup> Cf. J. ALDAZÁBAL, *El ministerio de la homilía*, 167-169.

relato corto tomando elementos de la vida cotidiana que todos conocen (familia, pastores, agricultores), que contiene un significado enigmático que el que las escucha tiene que descubrir. El lenguaje parábólico no es una narración para poner un ejemplo o contar una historieta, sino que es una narración que tiene la función de buscar respuesta a preguntas sobre quién es Dios (como la parábola del hijo pródigo), qué quiere de mí (los planes del agricultor con los graneros), quién es mi hermano (la parábola del buen samaritano), a las últimas preguntas, etc. Las narraciones plantean a los oyentes una situación que les implica, con la que uno puede sentirse involucrado, y ante la que es preciso tomar una opción o hacerse algunos planteamientos. Interpelan pero no coaccionan<sup>30</sup>. Son un método para entender la realidad y desembocan en la vida induciendo a un tipo de comportamiento.

Las parábolas de Jesús siempre esperan una respuesta por parte de sus destinatarios y aportan novedad y sorpresa para ellos. Los discípulos, cuando oyen las parábolas por primera vez, le preguntan a Jesús qué ha querido decir (cf. Mc 4, 10). El lenguaje sencillo de la parábola se convierte en un interrogante para la gente que la escucha. Pero lo que sucede es que, cuando las parábolas se escuchan muchas veces, pierden lo que tienen de sorprendente y el valor de su enseñanza. Esto es lo que nos sucede ahora a nosotros. Pero más que explicar las parábolas, lo que hay que hacer es que los fieles se enfrenten a las preguntas que encierran y que cada uno se enfrente a ellas en primera persona. Son una puerta abierta al misterio que es Dios.

Contar parábolas como hacía Jesús nos acerca a un lenguaje vivencial, muy pedagógico y eficaz para transmitir un mensaje. Pero este recurso no tiene que suponer hacer una paráfrasis o repetición en la homilía de las mismas palabras que ya se han escuchado en las lecturas bíblicas. La homilía no es una simple repetición de lo leído con meros comentarios. Hacer comprensibles y actuales los textos leídos supone algo más.

En este empleo del lenguaje bíblico hay que tener en cuenta la gran distancia cultural que se da entre la cultura en que está escrita la Biblia y la cultura actual (mayor si es una cultura no occidental o urbana). El reto es conseguir inculturar el lenguaje bíblico en una civilización como

---

<sup>30</sup> Cf. L. MALDONADO, *La homilía*, 158-159. Para la manera concreta de cómo narrar una historia en la homilía véase las páginas 159-160.

la nuestra tan alejada del mundo bíblico. Esto se consigue con la traducción a un lenguaje secular, el lenguaje de la calle. Esta actualización supone transformar el Evangelio, pero sin deformarlo. Requiere un esfuerzo de preparación de la homilía y de prestar atención al lenguaje que se utiliza. Ese lenguaje cercano a la gente o lenguaje de la calle no quiere decir que tenga que rebajarse hasta ser un lenguaje chabacano, vulgar, trivial, zafio o soez, con muletillas coloquiales, que puede provocar el rechazo o el desprecio de los oyentes<sup>31</sup>. Tampoco es admisible adoptar la jerga propia de algún grupo —como la de los jóvenes— para parecer más cercano a ellos, hablando como hablan en la calle y en su círculo de amistades (con tonos y gestos incluidos). Lo que se ha de buscar es un lenguaje cristiano digno, con contenido, sin vaguedades o términos técnicos (bíblicos, teológicos o cultos), que invite y sugiera actitudes internas de cambio y conversión<sup>32</sup>.

Sí puede ser adecuado usar un lenguaje ameno o que sea divertido en algún momento de la homilía. En el anuncio de buenas noticias no debe ser extraña la presencia de la alegría o el buen humor. Una homilía es bien acogida cuando en ella hay sonrisas o risas, y estas no están reñidas con la profundidad. Cuando las personas se ríen se relajan y se predisponen mejor a recibir lo que van a escuchar. Esto es usar la estrategia de deleitar para captar el interés de los oyentes suscitando una sonrisa de complicidad. Podemos afirmar que “un indicador de una buena homilía es si la gente se ha reído al menos una vez... Hay muchos chistes geniales e historias graciosas que pueden ser empleados ocasionalmente por un predicador, siempre que tengan que ver con el tema de la homilía”<sup>33</sup>.

---

<sup>31</sup> Cf. F. MARTÍNEZ DÍEZ, “Los lenguajes de la fe”, 154-156. “El lenguaje de la homilía huye de lo zafio, frío o chabacano. Es inadmisibile, entonces, que por querer ser cercano se caiga en la vulgaridad trayendo inapropiadas jergas, descompuestos desaliños, giros este-reotipados, tópicos coloquiales o expresiones que desdicen la falta de dominio del lenguaje”, J. RAMOS DOMINGO, “El arte de la homilía”, *Sal Terrae* 2 (2004) 126.

<sup>32</sup> Cf. C. FLORISTÁN, *Teología práctica*, 559.

<sup>33</sup> J. MALLON, *Una renovación divina, De una parroquia de mantenimiento a una parroquia misionera*, Madrid 2015, 143. “Una sonrisa, un chiste pueden resultar más efectivos que un largo discurso o una exposición erudita. Un cierto lenguaje cordial y una pizca de buen humor son ingredientes necesarios para una buena comunicación”, C. DALLA COSTA, *¿Habéis terminado de echarnos el sermón? Reflexiones laicales sobre las homilías*, Madrid 2014, 29.

Pero aquí el peligro está en preocuparse solo por ese lenguaje de la homilía, por un lenguaje que haga una homilía muy divertida, muy graciosa, pero que se quede solo en eso y nada más. Una homilía con un lenguaje así puede ser atractiva, pero puede que solo consiga entretener y distraer. No podemos olvidarnos de que “las frases ingeniosas gustan mucho. Pero cansan pronto”<sup>34</sup>. Quizás no esté de más aquí advertir que no se debe emplear el lenguaje con dobles intenciones, sino un lenguaje directo y transparente.

Se debe cuidar la estética del lenguaje: que sea bello y agradable de escuchar, pero sin que distraiga de lo que se quiere transmitir. Los oyentes hoy en día están acostumbrados a recibir muchos mensajes a través de los medios de comunicación social, que tienen un lenguaje y una estética muy cuidados. Esperan lo mismo de las comunicaciones que reciben de la Iglesia: que sea algo que esté bien contado. Para esto es necesario el uso de un lenguaje narrativo y descriptivo, que hay que saber usar, pero en su justa medida dentro de una homilía<sup>35</sup>. Una buena narración atrae y gusta al auditorio, y puede ser muy sugerente. Pero ha de ser una historia o un cuento que además de estar bien contado o narrado ha de ser coherente con el mensaje que se proclama y estar en el lugar o momento oportuno<sup>36</sup>. Se puede recurrir a contar una parábola, un cuento, un relato, una vivencia de la vida diaria o una historia, pero que deje espacio al mensaje evangélico y esté a su servicio y no ocupe la mayor parte de la homilía. Estas imágenes, metáforas, parábolas o recursos literarios que se dispongan no solo sirven para hacer más ameno el discurso, sino que acercan el misterio cristiano más eficazmente al hombre, ayudan a que se retenga mejor el contenido de la enseñanza que se quiere transmitir y hacen pensar.

Y, sobre todo, que sea un lenguaje que sirva para anunciar la salvación a los fieles, que les interpele a vivir esa salvación. Se trata de que con

---

<sup>34</sup> J. ALDAZÁBAL, “Acupuntura homilética”, en J. ALDAZÁBAL, — J. ROCA (eds.), *El arte de la homilía*, Barcelona 1998, 74.

<sup>35</sup> “Si el lenguaje narrativo se echa en falta en las homilías actuales, ¿qué decir del lenguaje descriptivo, sino que prácticamente ha desaparecido de la retórica religiosa?... Una buena descripción crea o recrea una realidad en la que introduce al oyente; pero una realidad orientada, intencionada... que le prepara favorablemente para moverse en la dirección que buscamos”, F. RAMÍREZ FUEYO, “Retórica clásica y homilía”, *Sal Terrae* 104 (2016) 330-331.

<sup>36</sup> Cf. J. RAMOS DOMINGO, *Cómo transmitir hoy*, 84-86.



ese lenguaje se narre cómo ha tenido lugar la historia de la salvación y cómo está teniendo lugar para nosotros. Lo principal que hay que narrar en la homilía es la historia de Jesús con todo su contenido salvador. Y esta historia ha de ser contada de tal forma que se haga actual, que siga activa en la historia de los que escuchan la homilía. Se ha de pretender mostrar con esa manera de narrar que la historia de salvación sigue desarrollándose en la vida de las comunidades y de las personas<sup>37</sup>.

También le estaría permitido al predicador contar en la homilía historias de su vida personal, en primera persona, en las que él sea el protagonista. Esto ayuda a mostrarse cercano a los demás y hacerse creíble. Pero se ha de evitar usar esto de manera excesiva, para exhibirse, para desahogos personales, para el propio lucimiento o con fines no relacionados con el mensaje del Evangelio que se ha de transmitir<sup>38</sup>. El predicador puede aprovechar sus experiencias cristianas de fe para la predicación, pero no debe predicarse a sí mismo, “porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús” (2 Cor 4, 5). De hecho, el mensaje primeramente debe afectar a quien habla para que pueda llegar auténticamente a los que le escuchan.

El lenguaje narrativo y biográfico de la homilía permite recurrir al testimonio personal o de otras personas. Pero se ha de tener en cuenta que se han de contar testimonios que tengan un valor desde el punto de vista evangélico, no que sean cualquier anécdota. Esta narración de testimonios no ha de ser exagerada, sino más bien modesta y humilde. Hace falta saber usar bien este lenguaje narrativo para contar historias que sean cortas y apropiadas para el anuncio del Evangelio, que es lo central: contar esas historias que narran que la salvación que trajo Jesús sigue aconteciendo en la vida de las personas. Se necesita saber y saber narrar bien para contar estas historias<sup>39</sup>. Se trata más de sugerir, de narrar historias que de dar explicaciones teóricas.

---

<sup>37</sup> Cf. F. MARTÍNEZ Díez, “Los lenguajes de la fe”, 157-161.

<sup>38</sup> Es totalmente rechazable la homilía que busque el protagonismo personal del predicador o que sirva como medio de expresión de sus opiniones personales, y que desplace a un lado el anuncio del mensaje y los otros elementos constitutivos de una verdadera homilía, cf. R. COLL-VINENT, “La comunicación en las homilías”, *Phase* 91 (1976) 55-56.

<sup>39</sup> Cf. F. MARTÍNEZ Díez, “Los lenguajes de la fe”, 159-164.

#### 4. El lenguaje no verbal

El lenguaje no verbal en todo acto de comunicación tiene mucha importancia y frecuentemente no se le presta la suficiente atención. Tenemos que ser conscientes de que en la predicación no solo se comunica con las palabras, sino que también se produce una comunicación no verbal. De manera natural, en una homilía la comunicación verbal va acompañada de otros elementos (el para-lenguaje y el movimiento) que complementan y dan expresividad a las palabras. La comunicación no verbal comprende el lenguaje corporal, la postura del cuerpo, los movimientos, los gestos, la mirada, el ritmo o velocidad al hablar, las pausas y silencios, las expresiones del predicador y el lugar donde se predica. Todo esto también forma parte de la comunicación y ayuda o dificulta la transmisión del mensaje. Se predica también con los gestos. Muchas veces todo esto comunica más que el mensaje propiamente dicho. “Las formas de comunicación no son menos importantes que el mensaje contenido en las palabras que se pronuncian”<sup>40</sup>. Hay que cuidar lo que se dice, pero también el cómo se dice. Todos estos elementos forman parte de la comunicación humana y en la homilía desempeñan un importante papel, que vamos a considerar a continuación.

— Este lenguaje corporal ayuda o dificulta la transmisión del mensaje que se quiere hacer llegar. Los gestos que acompañan el discurso del predicador pueden concordar y reforzar lo que se dice con las palabras o lo pueden contradecir. Toda la persona es la que habla y se expresa con todo el cuerpo. “El conjunto del cuerpo ante el otro, es un acto del lenguaje; conlleva una comunicación o mensaje automáticos”<sup>41</sup>. El lenguaje gestual-corporal debe ser natural, no exagerado ni afectado, amable, acomodado al modo de ser de cada uno. Los gestos son una forma de comunicar y la no gestualidad también comunica. El predicador tiene que ser consciente de cómo es la comunicación que se da por medio de su mirada, de sus manos, de la expresión del rostro, de sus movimientos... Se puede decir que se predica con todo el cuerpo. Una correcta postura del cuerpo supone que esté bien derecho, sin balancearse o encorvarse, con naturalidad,

---

<sup>40</sup> CH. BISCONTIN, *Homilias más eficaces*, Madrid 2008, 52.

<sup>41</sup> J. BURGALETA, *La celebración de la homilía, Apuntes del seminario*, en Biblioteca Instituto Superior de Pastoral, Madrid, curso 2005-2006, cap. VI, 12.

sin rigidez. Por eso conviene conocer la dinámica de la gestualidad y estar atentos a ella a la hora de predicar. Si se adopta una postura cómoda, eso se notará en la homilía. Algunos aconsejan hacer prácticas de la manera de predicar delante del espejo para comprobar cómo son los movimientos y gestos que se realizan al hablar y esto ayuda a mejorar consiguiendo naturalidad y soltura.

— Las manos son la parte principal de la acción del predicador. Tienen mayor libertad de movimientos y deben acompañar y arropar en todo momento el sentido de lo que se va diciendo con la boca<sup>42</sup>. Los gestos se pueden estudiar igual que se seleccionan las ideas o las palabras que se van a emplear.

Cuando se habla ante muchas personas se ha de cuidar que los gestos sean más amplios y lentos de lo que son habitualmente para que puedan ser bien percibidos por todos y surtan su efecto. Algunos consejos prácticos respecto al lenguaje corporal son los siguientes. Hay que evitar tanto las exageraciones en los movimientos (no muy bruscos) como el lenguaje corporal apagado (brazos cruzados sobre el pecho, manos entrelazadas o agarradas rígidamente); también hay que evitar el lenguaje corporal autoritario y los gestos apocados de piedad y modestia (ojos bajos, cabeza inclinada hacia un lado, manos juntas...) y cualquier tic nervioso<sup>43</sup>. La expresión del rostro debe ser serena e ir acorde al contenido de la homilía, evitando las muecas, pero produciendo alguna sonrisa cómplice de vez en cuando que haga congraciarse con los oyentes. Con los ojos, la expresión de la cara y las manos se refuerza, se da expresividad a lo que se dice con la boca.

— La postura corporal que se adopte durante la homilía y el lugar desde donde se hace tienen la facultad de transmitir un significado propio. La homilía se puede hacer desde la sede o desde el ambón<sup>44</sup>. Si se hace en la sede se está normalmente sentado, que era la postura clásica del maestro mientras enseñaba<sup>45</sup>. Estar sentado le concede un tono a la vez de solemnidad y de familiaridad (en familia se conversa sentados). Al hacerla

---

<sup>42</sup> Cf. J. RAMOS DOMINGO, *Cómo transmitir hoy*, 97.

<sup>43</sup> Cf. J. Burgaleta citado por F. MARTÍNEZ DÍEZ, "Los lenguajes de la fe", 167.

<sup>44</sup> En este orden son nombrados en la Ordenación General del Misal Romano (OGMR) 136.

<sup>45</sup> Cf. G. IRACHETA, "Técnicas de comunicación en la homilía", *Phase* 211 (1996) 67-80.

desde este lugar se subraya la autoridad del *munus docendi* del que preside, resaltando el oficio de Cristo Maestro que enseña a sus discípulos, sentados a su alrededor. También se destaca el carácter presidencial, jerárquico y del Magisterio del ministerio de la predicación y que quién preside y predica lo hace *in persona Christi*<sup>46</sup>. La sede es signo de este ministerio de presidencia, está situada normalmente a un lado del altar y permite la fácil visión entre el predicador y los fieles para una mejor comunicación.

Pero más comúnmente la homilía se tiene desde el ambón de la Palabra, en cuyo caso se está de pie. Con esta postura se da la impresión de un mayor compromiso de quien habla. Y el lugar subraya que la homilía forma parte de la liturgia de la Palabra, cuyo lugar es el ambón y que quien la hace participa del *munus* de Cristo profeta. Así se facilita la conexión que hay entre las palabras del predicador y las palabras que dice Dios. Pero al situarse detrás del ambón se quita parte de la visibilidad del predicador, dejando mayor protagonismo a las manos y al rostro.

También la homilía puede ser pronunciada “en otro lugar idóneo” (OGMR 136), como puede ser de pie delante del altar, frente a la asamblea y más próximo a los fieles<sup>47</sup>. Se ha de tener micrófono inalámbrico o incorporado. Esta posición de proximidad le da cercanía, mayor visibilidad y facilidad de interacción con los asistentes. Es una manera de hacer una predicación más cercana y de mantener la atención de los oyentes más pendientes del que habla<sup>48</sup>. Pero en este caso el mayor protagonismo lo centra la persona del homilista que habla y puede servir para centrar la mayor atención en él. En todos los casos los desplazamientos que se hagan se han de hacer con naturalidad y con calma, evitando dar la espalda a parte de la asamblea. Siempre será útil conocer con antelación el lugar desde donde se va a tener la homilía, cuidar que no haya mucha distancia

<sup>46</sup> Cf. J. ALDAZÁBAL, *El ministerio de la homilía*, 199-200.

<sup>47</sup> “Donde sea necesario y posible, la predicación de la homilía debe aproximarse a la asamblea, e incluso adentrarse en ella buscando una cercanía sensible”, T. CABESTRERO, *¿Se entienden nuestras homilias?*, 58.

<sup>48</sup> Cf. F. M. AROCENA SOLANO, *La celebración de la Palabra, Teología y pastoral*, Barcelona 2005, 95.106. Pero cuando se predique desde un lugar más cercano a la gente se evitarán los desplazamientos por el presbiterio, los movimientos entre los fieles y estar gesticulando constantemente, como bien se advierte en cf. J. GONZÁLEZ PADRÓS, “¿Homilias inalámbricas?”, *Liturgia y Espiritualidad* 44 (2013) 259-260.

física entre el predicador y la asamblea, procurando que sea un espacio adecuado para comunicar por su buena visión y audición.

— Un primer contacto y comunicación se establece entre los oyentes y el predicador por medio de la mirada. Ya la mirada es una primera forma de entrar en contacto y hace que la comunicación sea más expresiva y eficaz. La mirada acompaña y completa el mensaje. No debería haber elementos que se interpongan entre el predicador y los fieles que escuchan para que pueda haber una buena comunicación visual. El que predica debe estar mirando al rostro de quien lo escucha con respeto y delicadeza. Ha de mostrar una mirada afable, no acusatoria o dominante o que incómode. No establece puentes de comunicación el estar mirando hacia abajo o constantemente a los papeles. Dirigir la mirada a los que escuchan supone mantener un contacto visual que intenta hacer partícipes de lo que se dice a todos. Por eso hay que procurar dirigir la mirada a todos y no dejar ningún sector de los que escuchan desatendidos, haciendo que se puedan sentir observados<sup>49</sup>, sin fijar la mirada detenidamente solo en uno.

— A la acústica también hay que prestarle atención en la predicación. Para que la palabra pueda llegar a la inteligencia y tocar el corazón tiene que pasar por los oídos. Es por medio del aire como llegan las palabras pronunciadas a los oídos de los oyentes. De ahí que sea importantísimo prestar atención a la fonética, pronunciación, y acústica como medios materiales por los cuales la Palabra de Dios es proclamada y recibida. Lo primero que hay que tener en cuenta es que los fieles puedan oír la homilía con facilidad, sin tener que esforzarse porque hay buena acústica y sonoridad en el lugar. Si se tiene que hacer un esfuerzo extra para oír bien o se pierden algunas palabras porque el sonido o la pronunciación no son buenos se debilita la capacidad de atención del oyente.

El tono, la modulación de la voz, el volumen, las resonancias, son aspectos que tener en cuenta también en la predicación. Todo aquello que

---

<sup>49</sup> Cf. CH. BISCONTIN, *Homilias más eficaces*, 43-44. Es lo que dice el papa Francisco que entiende la homilía como una comunicación directa, de contacto con las personas y por eso necesita mirar a los ojos. Confiesa que él al predicar trata “de mirar por lo menos a una persona, a un rostro preciso... Si miro a uno a lo mejor los demás se sienten también mirados. No como ‘masa’ sino como individuos, como personas”, A. SPADARO, “Las huellas de un pastor. Una conversación con el papa Francisco”, en J. M. BERGOGLIO, - PAPA FRANCISCO, *En tus ojos está mi palabra. Homilias y discursos de Buenos Aires* (1999-2013), Madrid 2017, 15.

lo favorece ayuda a que el mensaje sea eficaz. Pero todo aquello que dificulta o entorpece esta comunicación pone trabas al mensaje para llegar a los oídos. Estas distorsiones hacen que sea más fácil desconectarse de lo que se dice. Así sucede que cuando se producen estas dificultades materiales en el acto de comunicación se deja de prestar atención, se dan distracciones y se pierde el sentido de lo que se está escuchando<sup>50</sup>.

— Aunque se prepare bien una predicación si no se pronuncia correctamente habrá perdido gran parte de su valor y casi su eficacia. Para esto la modulación de la voz ha de ser la habitual y el tono “directo, familiar, persuasivo y ágil que mantenga el interés de los oyentes” (PPP 29) y no un tono afectado como si para hablar de las cosas de Dios hubiera que hacerlo de manera distinta a como se habla de las demás cosas. Se puede pedir que al hablar la

“actitud corporal irradie benevolencia, la voz y su tono amabilidad, los ojos paz y las manos reconciliación; y si tenemos constancia y paciencia lo demás ‘se nos dará por añadidura’. Pero, eso sí, para saber hablar, antes hay que haber leído y escuchado mucho en el discurso de la vida, y darse cuenta de que al final de todo la palabra decisiva es la de Dios”<sup>51</sup>.

— Es frecuente el cambiar el tono de voz para la homilía como si fuera una modulación necesaria para hablar del mensaje del Evangelio diferente de la que se usa para hablar del resto de las cosas. Pero esto no quiere decir que se tenga que usar siempre el mismo tono. Una homilía en el mismo tono resulta cansina (monótona). El tono con que se hable puede ya estar comunicando agrado, cercanía, afecto, igualdad, servicio fraternal. Pero también puede comunicar agresividad, superioridad, engreimiento, imposición. Nunca se ha de tener un tono de reñir, atacar, agredir, denigrar. El Evangelio es un anuncio gozoso. Hay que saber adaptar el tono de voz a los asuntos de los que se habla, pero evitando el extremo de un sentimentalismo exagerado, de un tono piadoso o de frialdad. Hay que buscar el tono adecuado a lo que se quiere decir. Cambiar de tono ayuda a entender mejor el sentido de muchas frases<sup>52</sup> y hace que la homilía sea más fácil de seguir. Pero no hay que olvidar que la principal

<sup>50</sup> Cf. F. J. CALVO GUINDA, *Homilética*, 123.

<sup>51</sup> J. RAMOS Domingo, citado por F. MARTÍNEZ Díez, “Los lenguajes de la fe”, 168.

<sup>52</sup> Cf. CH. BISCONTIN, *Homilías más eficaces*, 58.

regla para hablar en público es la naturalidad<sup>53</sup>. El predicador no se ha de empeñar en tener que imitar a nadie, sino que debe ser natural y espontáneo a la hora de hablar. El tono con el que se habla en público tiene que ser igual al que se utiliza en una conversación con otros en privado (no hay que engolar la voz como algunos hacen al predicar<sup>54</sup>). Hay que reconocer que el ritmo y el tono que se usa al hablar tiene bastante que ver con el estado de ánimo, el sentimiento y la implicación que se ponga durante la homilía.

— En el caso de la homilía el mensaje trasciende al lenguaje, es muy superior a él. Y el predicador debe ser consciente de que puede transmitir el mensaje evangélico a pesar de que el lenguaje sea pobre, pues la eficacia, en última instancia, proviene de Dios. Hay que pedir la ayuda al Espíritu Santo, dejarse inspirar por él y colaborar con él. El tener hoy un lenguaje muy cuidado y muchos medios y nuevas tecnologías no nos garantiza que se transmita mejor el mensaje evangélico. Hay que tener en cuenta esta advertencia que ya hacía san Agustín: “Hablamos nosotros, pero es Dios quien instruye; hablamos nosotros, pero es Dios quien enseña”<sup>55</sup>.

Este lenguaje verbal del que venimos hablando tiene su complemento en la información que los oyentes dan al predicador sobre el resultado de las palabras que está diciendo. El predicador mirando al auditorio recibe una retroalimentación de cómo está siendo recibido lo que dice por medio de la forma de escuchar de los que tiene delante<sup>56</sup>. Ha de aprender a leer las posturas o actitudes, las expresiones de la cara, los

---

<sup>53</sup> Es lo que J. A. Vallejo-Nágera llama la regla de oro del orador: la naturalidad, ser uno mismo, con sus defectos, sin tener que imitar a nadie. Junto a esto añade el consejo fundamental: ser breve, cf. J. A. VALLEJO-NÁGERA, *Aprender a hablar en público hoy*, Barcelona <sup>31</sup>1995, 29.47.

<sup>54</sup> “Hemos de reconocer, para no caer en él, que existe un ‘tono de predicador, un soniquete de clérigo, de fraile y de monja’ que consiste en un ‘tonillo’, una nasalidad muy propia, un ahuecar y solemnizar la voz, un arrastrar las palabras y las frases, unas subidas de voz inesperadas o bajadas súbitas, un decir cansino, arrastrado, repetitivo, sin atención e intención alguna. De esta deformación, generalizada, es consciente y reacciona desconectando; resbala todo lo que dicen: ‘es lo de siempre y como siempre’”, J. BURGALETA, *La celebración de la homilía*, cap. VI, 27.

<sup>55</sup> SAN AGUSTÍN, Sermón 153,1, en *Obras completas. XXIII: Sermones (3º) 117-183*, Madrid 1983, 401.

<sup>56</sup> Cf. F. MARTÍNEZ DÍEZ, “Los lenguajes de la fe”, 165-166.

gestos de los fieles, del silencio... para distinguir cuando están atentos y cuando se han distraído. Con esta información entenderá si el mensaje está llegando o no a su destinatario y podrá sacar conclusiones para modificar o afianzar pautas ya en la misma homilía o en las siguientes<sup>57</sup>.

Todo este lenguaje no verbal viene arropado por las vestiduras litúrgicas que viste el presbítero a la hora de predicar y que crean un ambiente de sacralidad y solemnidad en el culto. Si se fuera vestido de calle no se produciría el mismo efecto.

## 5. Retórica homilética

Para los clásicos el predicador era conocido como *vir bonus dicendi peritus*, es decir, un hombre bueno, experto en el arte del buen decir. El orador ideal conjuga la cualidad moral (*bonus*) con la pericia técnica (*peritus*). Y el homileta debe cuidar este ‘arte del bien decir’. Se predica para persuadir a otra persona y convencerla de que el mensaje sobre el que habla es interesante para ella. Y para esto se recurre a la retórica, para convencer a los oyentes del bien y la belleza del Evangelio y que opten por él, pero sin que cause ningún engaño. La homilía es una pieza de oratoria que se debe ceñir a las reglas básicas de la retórica tan apreciadas por los oradores clásicos, sabiendo que no hay que ser esclavo de esas normas y que hay que adaptarlas al tiempo presente. Según estos se puede ser persuasivo por la autenticidad de vida del predicador (testimonio, santidad), por saber suscitar emociones en quien escucha, y por lo que se enseña en el discurso<sup>58</sup>. En esto es en lo que nos vamos a centrar a continuación. Para que un predicador sea un buen comunicador debe conocer bien la lengua, su gramática, su sintaxis, su vocabulario, su pronunciación.

En el caso de un discurso oral como es la homilía hay que tener en consideración las particularidades de la comunicación oral. El oyente tarda un tiempo en recibir las palabras, procesar la información y entender su significado. Esto es diferente a cuando una persona lee un texto escrito. El que lee puede volver atrás en el texto, pero quien escucha no lo puede hacer, ni puede preguntar ni pedir que se repita. El mensaje se tiene que

<sup>57</sup> Cf. J. ALDAZÁBAL, *El ministerio de la homilía*, 171.

<sup>58</sup> Cf. N. STEEVES – G. PICCOLO, *Y yo te digo*, 102-117.



entender a la primera. De aquí viene el que sea necesario poner mucho cuidado en la manera de construir las oraciones, y hacer breves pausas en la predicación al hablar para que los que escuchan puedan captar lo que se les quiere decir. La mente del que escucha va más lenta que la de quien habla. Esto es más necesario en el caso de la predicación que en el de las lecturas de la Palabra, ya que en muchos casos estas lecturas son conocidas y el oyente ya sabe lo que va a decir, mientras que desconoce totalmente lo que el predicador quiere contarle o de qué va a hablar en la homilía<sup>59</sup>. Un ritmo moderado y unos silencios oportunos al hablar contribuyen a que resuene la palabra en el interior, el mensaje llegue mejor y se retenga más fácilmente, es decir, contribuyen a que la homilía sea más eficaz.

El uso de los verbos será preferiblemente en voz activa, que es la voz principal que se usa en castellano. E igualmente se preferirán las palabras concretas a las abstractas, ya que estas hacen referencia a conceptos, ideas que suponen un mayor esfuerzo de comprensión para alcanzar su significación, y para captar el sentido que el predicador les quiere dar. En cambio, con palabras concretas (objetos, utensilios, personajes) se entiende más rápidamente lo que representan. Nos parece muy gráfica e ilustrativa la siguiente recomendación: “Emplea palabras que se puedan dibujar o, como se dice en programación neuro-lingüística, que se puedan llevar en una carretilla. En ella se puede colocar una oveja, un rey, la levadura e incluso un grano de mostaza, pero no la solidaridad, ni la participación”<sup>60</sup>. Con esta indicación se pide que se hable de términos concretos evitando las frases etéreas y llenas de buenos sentimientos que suenan muy bien pero no sirven para llegar al corazón y mover los sentimientos. Esto nos lleva a evitar los conceptos abstractos que tienen más difícil representación en la mente del que escucha. Benedicto XVI incide en lo mismo cuando advierte: “Se han de evitar homilias genéricas y abstractas, que oculten la sencillez de la Palabra de Dios, así como inútiles divagaciones que corren el riesgo de atraer la atención más sobre el predicador que sobre el corazón del mensaje evangélico” (VD 59)<sup>61</sup>.

---

<sup>59</sup> Cf. F. J. CALVO GUINDA, *Homilética*, 118.

<sup>60</sup> *Ibid.*, 119.

<sup>61</sup> Genéricas son aquellas homilias que sirven para cualquier comunidad, para cualquier tiempo y lugar y pueden ser pronunciadas indistintamente en un sitio y en otro, en un lugar o en otro diferente. Las abstractas hablan de conceptos abstractos, muy genéricos

Una manera de evitar los conceptos abstractos es preguntarse por las experiencias concretas que están en el origen de esos conceptos, qué historia está detrás de ellos y entonces hablar de esas experiencias y de esas historias, o hablar de ellos a través de la experiencia personal que de ellos tiene el predicador. De esta manera la gente entenderá mejor la homilía.

La dicción también se debe cuidar, procurando que sea tranquila, clara y correcta. Para lograr una correcta dicción es necesario una pronunciación y articulación clara de todas las sílabas. Esto no se consigue si no se abre suficientemente bien la boca y no se pone cuidado en la posición de los labios y la lengua al pronunciar las distintas sílabas; se trata de vocalizar bien<sup>62</sup> sin comerse el final de las palabras. El que predica tiene que hablar a una velocidad adecuada, sin saltarse ninguna letra y sin hablar demasiado deprisa, haciendo pausas donde convenga. Una dicción muy rápida dificulta la comprensión y hace más complicado seguir las argumentaciones. El dominio de la situación hará que el predicador deje de hablar si se produce un ruido fuerte y transitorio, que dificulta la audición o la hace desagradable.

Después de la lectura del evangelio y antes de dar comienzo a la homilía es bueno que haya una pausa. Se trata de dejar un breve espacio de tiempo para que las personas se sienten, se acomoden y se haga silencio de manera que haya un ambiente adecuado para escuchar al que va a hablar. Unos breves instantes de silencio crean expectación y preparan el terreno para lo que se va a escuchar<sup>63</sup>. Momento este en el que se dan dos elementos simbólicos cuyo significado suele pasar desapercibido. El beso al evangelio que se ha proclamado es signo del aprecio y del puesto central que debe tener este en la homilía. El otro gesto es la oración secreta que dice el sacerdote que expresa el deseo de que la homilía sea una invitación a la conversión<sup>64</sup>.

---

sin llegar a concretar cómo se hacen realidad y cómo los tienen que vivir los oyentes de la homilía en este momento, cf. J. SANCHO ANDREU, "Sagrada Escritura, leccionarios y homilía", en J. J. FERNÁNDEZ SANGRADOR – J. A. MAYORAL (eds.), *La Sagrada Escritura en la Iglesia. Actas del Congreso con motivo de la publicación de la Sagrada Biblia*, Madrid 2015, 352.

<sup>62</sup> Cf. F. J. CALVO GUINDA, *Homilética*, 124; CH. BISCONTIN, *Homilías más eficaces*, 56.

<sup>63</sup> Cf. J. ALDAZÁBAL, *El ministerio de la homilía*, 170-171.204.

<sup>64</sup> Cf. A. IVORRA, "Expresividad de la predicación litúrgica", *Liturgia y espiritualidad* 46 (2015) 420-421.

Hacer breves momentos de silencio al hablar consigue captar mejor la atención del auditorio y que dé tiempo al cerebro a ir asimilando lo que recibe por los sentidos. Introducir pequeños intervalos de silencio sirve para recalcar la importancia de la última frase. Para resaltar algo hay que ralentizar, no levantar la voz. Un silencio breve en el discurso es como poner un subrayado en un texto<sup>65</sup>. Se habrá de guardar silencio también después de la homilía para que se pueda meditar e interiorizar lo escuchado, para que la Palabra llegue bien al corazón y se deje espacio para la acción del Espíritu Santo en el interior de los fieles. No se trata de un silencio vacío, sino un silencio meditativo. Es un silencio que ayuda al diálogo entre Dios y el fiel, a la interiorización de la Palabra y a la aplicación personalizada de la homilía, promoviendo así una participación más plena. Pretende provocar la respuesta de fe que se da a esa Palabra<sup>66</sup>, prepara la súplica de la oración de los fieles y la acción de gracias del prefacio. Este “silencio después de la homilía es algo requerido por la naturaleza misma de la homilía”<sup>67</sup> y es espacio para que la acción del Espíritu sea eficaz.

Un lenguaje elegante supone cuidar los aspectos gramaticales con oraciones bien construidas. Las frases serán sencillas, evitando las construcciones largas y las subordinadas, los dobles sentidos o las frases que tengan doble interpretación. Hay que hablar sin repeticiones ni titubeos. “El predicador cristiano, como todo orador en su ámbito, debe cuidar el arte de construir su homilía, de exponerla bien, de hacer agradable el contenido de la Palabra, y de intentar persuadir a que los oyentes, empezando por él mismo, la lleven a la práctica en su vida”<sup>68</sup>.

---

<sup>65</sup> Cf. F. J. CALVO GUINDA, *Homilética*, 125.

<sup>66</sup> Este es el sentido de las indicaciones que hace la introducción al misal y al leccionario: OGMR 45, 56, 66, 136 y Ordenación de las lecturas de la Misa (OLM) 48. “El silencio después de la Palabra y, sobre todo, después de la homilía, es el encargado de ‘potenciar’ la actuación de Dios en cada fiel que participa con autenticidad en la celebración”, A. LARA, *Silentium Facite! El silencio en la Liturgia*, Jaén 2014, 48, citado por A. IVORRA, “Expresividad de la predicación litúrgica”, 426.

<sup>67</sup> A. M. TRIACCA, “El silencio después de la homilía. Sus dinamismos pneumatológicos”, *Liturgia y Espiritualidad* 42 (2011) 284. Este artículo destaca la homilía como lugar eminentemente pneumatológico en el cual el Espíritu está presente en la preparación, en el homileta, en la asamblea y en la resonancia de las palabras.

<sup>68</sup> J. ALDAZÁBAL, *El ministerio de la homilía*, 163.

Al ser la predicación un lenguaje hablado hay que estar atentos a algunas reglas propias de esta modalidad, algo distintas de las del lenguaje escrito. Hay que componer la homilía pensando que es para ser oída, no para ser leída. Ello supone prestar más atención a las características del lenguaje oral. Un lector puede volver a repasar una frase leída. En cambio, el oyente solo la escucha una vez. Por eso es importante que esta esté expresada con exactitud, concreción y claridad y con una correcta estructura sintáctica. Cuanto más breve sea una frase más fácil será su comprensión. Hay que evitar las frases largas, rebuscadas o con distintas partes, que se tardan más en captar y son más complicadas de entender. Es mejor partir en frases breves una oración muy larga. Estas frases más breves que sustituyen a una larga y compleja, han de hilarse bien, mostrando un orden y sentido coherente para poder exponer lo mismo y que sea más fácilmente inteligible. Pero no se ha de caer en el extremo de hablar solo con frases breves, pues esto puede llevar a empobrecer el discurso y hacerlo más monótono<sup>69</sup>.

Ya que hoy la gran mayoría de las predicaciones se hacen con micrófono es necesario aprender a usarlo para que sea de ayuda y no entorpezca. Hay que entender que los fieles escuchan por medio del micrófono y este es como el oído del oyente. Por eso hay que pensar que se tiene que hablar al micrófono, y no tanto a la asamblea que está enfrente. La manera de hablar sería igual que si habláramos a una persona que tenemos delante. La dirección de la voz debe ir dirigida al micrófono sin mover la cabeza de un lado para otro, pues de lo contrario no recogerá bien todo lo que se pronuncia y algunas partes se oirán menos y se perderá parte de las frases y del sentido. Por esto el micrófono unidireccional no es el más aconsejable. Conviene no olvidar esto a lo largo de la predicación: que hay que mirar a la asamblea a la que nos dirigimos, pero hay que hablarle al micrófono que tenemos cerca y que es como si fuera cada uno de los oyentes. Hay que comprobar la distancia óptima a la que hay que colocar el micrófono de la boca (que dependerá de la calidad del mismo), pero sin que este tape la boca ya que es importante que las expresiones de la cara sean bien vistas por quienes escuchan. Para no gritar al micrófono hay que recordar esta recomendación: si se quiere decir algo en voz más alta hay que alejarse del micrófono; para hablar en voz baja, acercarse<sup>70</sup>.

---

<sup>69</sup> Cf. F. J. CALVO GUINDA, *Homilética*, 118.

<sup>70</sup> Cf. C. MUÑIZ, “Última asignatura: la homilía”, *Homilética* 3 (1990) 310.

Un predicador experimentado tiene que hacer un uso favorable del micrófono, para que la amplificación no distorsione, cree interferencias o ruidos, y sirva para llevar la voz de la mejor manera posible al oído de las personas que esperan recibirlo. Por eso es muy importante que se conozca con antelación el equipo de megafonía y amplificación que se va a usar y colocar el micrófono a la altura correcta<sup>71</sup>. Hace falta estar familiarizado con él y debe estar correctamente ecualizado con los ajustes precisos de graves, agudos y volumen, para que el sonido sea lo más natural posible. En caso necesario se puede probar con antelación y calcular la distancia correcta a la que tiene que colocarse. Hay que saber cómo se enciende y apaga y probar el volumen y la graduación de la voz con que se pronuncia la homilía para que se oiga bien sin que el oyente tenga que hacer esfuerzo y que no se creen ruidos, distorsiones o reverberación que serían molestas durante la predicación<sup>72</sup>. El volumen de la voz puede variar a lo largo de la homilía. Un volumen constante y sin variaciones puede resultar cansino. En cambio con un mayor volumen de voz se pueden enfatizar algunos puntos o recalcar aquello que se quiere que retengan mejor los oyentes<sup>73</sup>. Un buen manejo de estas técnicas se consigue con el entrenamiento y la práctica. También es bueno que quien escucha comunique al predicador cómo se le oye y entiende.

Cada homilía ha de tener un solo tema en su composición con la intención de transmitir un único mensaje principal. Para ello se evitará el lanzar muchas ideas o mensajes muy diversos, ya que esto dificulta la retentiva y hace que se deje de escuchar. No se pueden tratar todos los mensajes que tienen todas las lecturas en una comunicación tan breve y directa como es una homilía, ya que de esta manera la homilía sería menos eficaz<sup>74</sup>. Hay que hacer una selección de los argumentos e ideas con las que

---

<sup>71</sup> Siempre antes de iniciar la homilía habría que comprobar que el micrófono está a la altura adecuada de la boca del predicador para que recoja bien su voz. Si se ha comprobado antes de la celebración, pero lo han movido los lectores que le han precedido se apaga el micrófono un instante para ajustarlo y que no haga ruidos molestos. La compra de un buen equipo de megafonía es una de las mejores inversiones para facilitar que las homilías lleguen fácilmente a los fieles.

<sup>72</sup> Cf. J. ALDAZÁBAL, *El ministerio de la homilía*, 170; F. J. CALVO GUINDA, *Homilética*, 124-125.

<sup>73</sup> Cf. CH. BISCONTIN, *Homilías más eficaces*, 56-57.

<sup>74</sup> Cf. T. CABESTRERO, *¿Se entienden nuestras homilías?*, 49-50.

se construirá el mensaje. A menor extensión, menos argumentos; solo los importantes e imprescindibles. Si en una homilía se pretende hablar de todo se termina no diciendo nada. Cuando se acumulan muchas ideas, los que escuchan la homilía es fácil que se vayan sin ninguna idea clara. Hacer una homilía es comparable al ejercicio de un arquero que tiene solo una flecha para hacer diana. Por eso el homileta debe calibrar bien el objetivo para alcanzar el blanco con los recursos dialécticos y expresivos que tiene; con un guion bien definido y con un mensaje preciso y certero<sup>75</sup>.

Hay que centrarse lo más posible y ser concretos, ir directos a lo esencial, al fondo de lo que se va a comunicar sin irse por las ramas. Este único tema será reforzado con la repetición de la misma idea, pero formulándola de diversas maneras para que cale. (Es como tener un solo clavo y darle muchos martillazos –remachar– para que se fije bien). Es la llamada redundancia informativa en la argumentación que ayuda a que se fije con mayor profundidad el mensaje que se transmite. Se trata de la repetición de ciertas frases o ideas para que se pueda recordar mejor lo dicho<sup>76</sup>. Más que acumular muchas ideas nuevas se ha de dar una cierta repetición de algunos argumentos de unas frases en otras, cambiando algo o bien expresándolo con palabras similares<sup>77</sup>.

En la elección de cuál ha de ser el mensaje central de la Palabra proclamada que se tiene que transmitir a los fieles se ha de actuar con fidelidad al texto bíblico, a la asamblea que se tendrá delante con sus circunstancias concretas y al tiempo litúrgico en que se esté y la acción litúrgica que se celebra. Se ha de escoger este mensaje sin que se sobrepongan los gustos o deseos personales. Una indicación para la elección de este tema la tenemos en el título con que aparece el texto en el leccionario pues puede orientarnos (cf. OLM 123).

El ideal es que este mensaje salga del evangelio (que tiene cierta prevalencia por ser la palabra de Jesús) y de la conexión que tiene con la primera lectura, que siempre está en relación con él. Pero no es bueno ir

---

<sup>75</sup> Cf. A. PUIG, “La Sagrada Escritura y la homilía”, *Liturgia y espiritualidad* 46 (2015) 388.

<sup>76</sup> Cf. L. MALDONADO, *Anunciar la Palabra hoy. Predicación, catequesis, enseñanza*, Madrid 2000, 41-42.

<sup>77</sup> Cf. K. SPANG, *El arte del buen decir*, 94; J. A. PEÑALOSA, *Manual de la imperfecta homilía*, Ciudad de México, 2004, 98.

escogiendo cada domingo una de las lecturas para predicar. Esto limitaría el sentido de conjunto y la idea de continuidad que tienen las lecturas de los domingos<sup>78</sup>. Normalmente la segunda lectura va por libre y tiene una temática propia. No hay que forzar la relación de las otras dos lecturas con la segunda. Si su relación es muy difícil se puede hacer una indicación de que se va a aludir ella como un aparte, o bien hacer alguna alusión a ella en otro momento de la celebración como las moniciones o la oración de los fieles que sigue a la homilía.

Algún otro aspecto de las lecturas que no se incluya en el tema principal de la homilía puede ser mencionado en alguna de las moniciones que se hacen en la celebración, evitando así una homilía con diferentes temas. Cuando se trata de los días feriales la homilía puede hacerse solo con una lectura y limitarse a considerar solo un aspecto de la Palabra, ofreciendo unas breves reflexiones<sup>79</sup>.

Este único mensaje ha de tener una estructuración clara que facilite su comprensión y se tendría que poder resumir en una breve sentencia, que tuviera la capacidad de un tuit (que no puede rebasar un número limitado de caracteres), y que de manera sucinta se puede recalcar en algún otro momento de la celebración.

En cuanto al método expositivo de la homilía se puede elegir entre dos planteamientos diferentes: el deductivo o el inductivo. Se trata de decidir a qué se da prioridad si al texto bíblico o al aspecto humano. Se puede empezar por utilizar el método deductivo, que va de la explicación de la Palabra a los hechos de la vida. Se parte de la Escritura para hacer actual unos hechos o enseñanzas que se dieron en la historia de la salvación. Con este modo de proceder se analiza el texto por la exégesis, se extraen sus enseñanzas y luego se aplica a la comunidad concreta, a la situación que vive.

Si se comienza la exposición a partir de una situación, de unas vivencias o de unos hechos de la vida actual hay que poner esto en relación con el texto bíblico proclamado y después sacar algunas reflexiones o conclusiones que iluminen a la comunidad (método inductivo). Cuando un pre-

---

<sup>78</sup> Cf. P. TENA, “Cómo no usar el leccionario”, en J. ALDAZÁBAL — J. ROCA (eds.), *El arte de la homilía*, 33.

<sup>79</sup> Cf. C. GIRAUDO, *La liturgia de la Palabra, Escucha, Israel. Escúchanos, Señor*, Salamanca 2014, 117.

dicador comienza su reflexión sobre su propia persona y cómo un pasaje bíblico toca su vida tiene que saber trasponer eso a una enseñanza aplicable a la comunidad eclesial a la que habla o relacionarlo con algún aspecto de la situación que se plantee en aquellos momentos<sup>80</sup>.

Para hacer más interpelante una homilía es útil el combinar este método deductivo con el inductivo en el que partiendo de lo que sucede en la vida en la actualidad se llega a lo que nos dice la Palabra de Dios. Esta actualización del texto bíblico debe hacerla el predicador de modo original y creativo. Se parte de alguna de las múltiples situaciones actuales que pueda imaginar: de vida de los oyentes, de la comunidad, de la vida de la Iglesia universal o local, del panorama internacional, nacional o local, de las noticias recientes, de un hecho o acontecimiento llamativo de la Iglesia o del mundo, etc. Y se iluminan desde la Sagrada Escritura<sup>81</sup>. Este método seguiría la metodología pastoral de ver, juzgar y actuar. No son dos formas opuestas sino complementarias de orientar una homilía. Y los oyentes de un mismo predicador se sorprenderán con agrado cuando comprueben que va alternando estos dos métodos de prédica y no usa únicamente uno de ellos<sup>82</sup>.

## Conclusión

No es vano el esfuerzo que se dedica a cuidar el lenguaje y la manera de transmitir el mensaje bíblico de las lecturas en la homilía en cualquier celebración que se tenga. Por muy buena noticia que sea, por mucha esperanza que quiera levantar, por más que desee mover al fiel cristiano, si no se aprovechan bien los recursos y técnicas del lenguaje que se utiliza quedará en una buena intención pero vana en resultados.

Una buena síntesis de lo dicho sobre la oratoria homilética queda recogido en la siguiente estrofa:

“Concéntrate en lo esencial.  
Predica una sola idea.

<sup>80</sup> Cf. F. J. CALVO GUINDA, *Homilética*, 128-129.67-68.

<sup>81</sup> Cf. J. ALDAZÁBAL, *El ministerio de la homilía*, 169; F. J. CALVO GUINDA, *Homilética*, 64-65; C. FLORISTÁN, *Teología práctica*, 558.

<sup>82</sup> C. MUÑIZ, “Última asignatura: la homilía”, *Homilética* 6 (1990) 662.



Que la charla breve sea.  
Buen comienzo y buen final.  
Ejemplos con gracia y sal.  
Vocabulario corriente.  
Quizá sea más prudente  
llevarla escrita y leer.  
Y habla al micro, que ha de ser  
como oreja del oyente”.